

Ooparts. Objetos fuera de su tiempo

Juan José Sánchez-Oro y Chris Aubeck
Ediciones Luciérnaga. Barcelona, 2015. 293 pp.

La vida a veces depara sorpresas impresionantes. Por ejemplo, ir por la calle, doblar una esquina y encontrarse de golpe con un amigo al que deseabas ver hace años. O que la compañía de gas te mande una carta para decirte que bajarán los precios. O que una editorial como Luciérnaga, que suele publicar libros de Clara Tahoces, Bruno Cardeñoso y Lorenzo Fernández, de repente saque a la venta un texto serio sobre *ooparts*, o sea, ‘artefactos fuera de lugar’. Con esa palabreja se han definido en el mundo del misterio aquellos extraños objetos que parecen demostrar que en el pasado existió una tecnología avanzadísima que solo podemos atribuir a visitantes del espacio. Ya sabemos que nuestros predecesores humanos, especialmente los de Asia, África y América Latina, eran idiotas y solo podrían mostrar algún grado de civilización en la medida en que extraterrestres vinieran desde las estrellas para enseñársela.

Dejando de lado ese racismo que subyace a la idea de los pedagogos visitantes interestelares, *Ooparts. Objetos fuera de su tiempo* es una grata sorpresa o, si nos ponemos por un minuto de parte de quienes buscan otro texto que les confirme sus creencias más firmes, una estafa. Si en la

portada aparece una calavera de cristal, la máquina de Anticitera, un «avión» de Tolima y otras maravillas que demostrarían que en el pasado hubo astronautas entre nuestros ancestros, podemos sospechar que nos encontramos ante otro de los libros que refritan historias ya publicadas mil veces por Erich von Däniken, Peter Kolosimo, Robert Charoux y otros autores de la llamada «astroarqueología».

Pero no. El texto firmado por Juan José Sánchez-Oro y Chris Aubeck es una meticulosa investigación, llena de detalles y datos reveladores, que va desmenuzando, uno por uno, los clásicos enigmas que llenan las revistas del rubro y las webs de misterios. Los autores no perdonan una: por su guadaña pasan el mapa de Piri Reis, las figuras de Acámbaro, las piedras de Ica, el astronauta de Palenque, los dogu japoneses, la batería de Bagdad, el pilar de Nueva Delhi y otra serie de presuntas evidencias de la presencia de inteligencias extraterrestres en el pasado o, quizás, de la existencia de civilizaciones avanzadas de las que prácticamente no quedan rastros o, por qué no, de otras humanidades cuyas memorias fueron borradas por el paso de los años, excepto por esos pequeños registros, esos *ooparts*.

Pero la verdad es que no hay nada de eso, y la dupla Sánchez-Oro/Aubeck lo deja en claro no solo de forma aleccionadora y clara, sino también contundente e irrefutable. Un libro como el que comentamos es una bocanada de aire fresco y es preciso aplaudirlo a rabiar. Está escrito desde la más profunda honestidad intelectual y nadie podría acusar a los autores de ser escépticos *radicales*, que es la forma que tienen algunos de desacreditar los ensayos que no concuerdan con su visión del mundo. Acá estamos ante escritores que han ido, sin fanatismos, en busca de una respuesta y en el camino fueron descubriendo que las cosas suelen ser explicables cuando se cuenta con la información adecuada. Eso, sin embargo, no quita magia al mundo. Al contrario, encontrar soluciones y cerrar los círculos es una forma hermosa de ampliar la visión del mundo, y nos deja las manos libres para ir a la caza del próximo enigma. Quizás el siguiente sí será uno que nos deje boquiabiertos a todos.

En resumen, un libro muy bien escrito, recomendable al ciento por ciento y que repasa, con meticulosidad enciclopédica, algunos de esos misterios que tantos han querido vender como imposibles de resolver y que tan pocos han presentado de la forma honesta en que lo hacen aquí sus autores. Y si a Ediciones Luciérnaga le pasaron un gol con el libro, enhorabuena. Por fin publicaron algo que vale la pena. Si, al contrario, lo hicieron a sabiendas de que estaban mostrando una visión del mundo que no coincide para nada con la suya, semejante muestra de pluralismo merece un aplauso.

Diego Zúñiga C.

